

Luis Megía queriendo personificar en una fábula moral al *Engaño* bajo del nombre de *señora Frauda*, la hace hablar de esta manera acerca de los efectos que causan sus consejos en los que pretenden adelantar en sus fines interesados con la astucia, el dolo, y la adulacion: *Preguntad á los mercaderes ¿por qué son tan limitados en sus razones, y tan intrincados en sus contrataciones? Preguntad á los artesanos ¿por qué son tan mentirosos? Preguntad á los labradores ¿por qué son tan necios y maliciosos? Ninguno de estos, si no se aprovechasen de mis preceptos, podría valerse de su propio trabajo y sudor. Yo soy la que de pobres hago ricos, de rústicos, gentiles hombres, y de esclavos muchas veces caballeros y señores. Yo soy la primera que me lancé en el caballo de Troya; yo la que me lancé en el pecho de Ulises, y la que revolvía la lengua de Sinón: yo la que hago dar vuelta á la fortuna, y la hago parecer á quien quiero, rasa ó con bello.*

Cuando la luz de la fe, dice Fr. Luis de Leon, entra en el alma ciega y sepultada en tinieblas, la alumbra y hace que vea en un momento el suelo y el cielo, á si y á Dios, á su propia bajeza y vileza, y á la alteza y muchedumbre de los bienes que pierde, y personificandola mas abajo, y prestandole habla, prosigue: *Entonces ve el hombre los fines de la tierra y sus alas, es decir, en que parará lo que en esta tierra de miseria se estima, y su ligero vuelo con que desaparece en un punto. ¡Ay pérdida! dice el alma asombrada, y que he hecho! ¿De to pasado que tengo; y en lo venidero que esperanza me queda? Espanto, asombro, temblores, voces de amargura, repre-*

*sentaciones de muerte, y tormento perpetuo, que desmenuzan el corazon, y sumen en el abismo al sentido.*

Oigamos la melancólia plática que Miguel de Cervantes pone en boca de un cautivo cristiano, contemplando los muros dirruídos de la capital de Chipre, recién tomada por las armas de los turcos en 1569. *¡Ó lamentables ruinas (esclama) de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! ¡Si como careceis de sentido, le tubierades ahora en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizas el haber allado compañía en ellas, aliviára nuestro tormento! Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa, os podeis ver levantados, Mas, yo, desdichado ¿que podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva á mi primer estado? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura; y en el cautiverio, ni la tengo, ni la espero.*

Para no perder la ocasion de traer aqui una de las personificaciones mas patéticas que puede ofrecer la elocuencia, me propuse volver en prosa dos octabas de la *Jerusalen* de Lope de Vega, cuando pinta la desgracia de la ciudad santa, tomada y entrada por el Saladino. Parece que pide lágrimas y entrañas á las piedras y á los muertos para arrancárcelas á los vivos, cuando dice: *¡Llorad, sepulcro santo! ¡Piedras frias, en agua os convertid, sintiendo que os profinen tales gentes! ¡Llorad santa ciudad! ¡Sagrados muros, ablandad vuestros marmoles, honrados en otra*

edad de otra mejor bandera! ; Ay de David alcázares dorados! ; Ay santa Sion, que huesped os espera! ; Ay puertas por donde el divino Rey entró descalzo, que entra hoy por vosotras armado el Saladino! ; Raquel hermosa! pues sepulcro tienes cerca de esta ciudad, llora tus hijos, y tus perdidos bienes! Llorá á Josef y á Benjamin, su hermano! ; Y tu, ¿cómo las lágrimas detienes, huerto de prision, regado con las de Cristo soberano que en ti temió pásar el cáliz que pasar queria? Rompe otra vez, ó templo santo, el velo: hablen las piedras tocadas de dolor, viendo los nobles estandartes de la cruz arrastrados del persa y pisados del escita. ; Ya no se llamarán Tophet tus valles sino de mortandad, dando tus cuerpos sustento á las fieras, sin hallar remedio á tus gemidos! ; Mira cómo por tus plazas y calles, cubiertas de llanto y muerte, entra el sangriento vencedor hollando tu hermosura!

Hablando el P. Malon de Chaide de la fuerza y calidades del amor en sentido de caridad, y que encierra en sí los efectos de todas las virtudes y el fruto de ellas, personifica esta noble pasion, y le habla de esta manera: ; Ó amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! eres lo mas fuerte, pues no vences egércitos armados, no sujetas reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los humanos corazones, y no con hierro y mano armada, sino con dulzura, con regalo, con suavidad, y con blandura. Eres ó amor! lo mejor que Dios puede dar. Pidate sabiduria el necio, pidate honra el ambicioso, pidate hacienda el avariento, pidate deleite el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. Todas las otras cosas que tienes,

comunes son á buenos y á malos; pero tu amor solo es para los buenos, solo es para tus amigos.

Fr. D. Antonio de Guevara pone en boca de M. Aurelio una vehemente reprehension de las corrompidas costumbres de Roma, y de los vicios del Asia, hablando á la una, y despues á la otra, y personificándolas de esta manera: ; Ó Roma desdichada! ; Dónde están tus antiguos padres que te fundaron y honraron? Dónde tantos buenos varones, generosos y virtuosos que tú criaste? Dónde los que por tu libertad derramaron su sangre? Dónde tus esforzados capitanes que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Dónde tantos filósofos y oradores que con sus consejos te gobernaban? ; Ó Asia maldita! gastamos en ti nuestros tesoros, y tú empleaste en nosotros tus vicios: y en cambio de hombres fuertes, enviástenos tus regalos. Espugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes. Allanámos tus fortalezas, y tú destruiste nuestras costumbres. Hicimoste cruda guerra, y tú nos conquistaste en la paz. Injustos señores somos de tus riquezas, y fieles vasallos de tus vicios.

Artificiosa la abeja, dice Saavedra, encubre cautamente el arte con que labra los panales; hierbe la obra, y nadie puede ser testigo de sus acciones domésticas; y dirigiéndose á estos insectos, les dice: ; Ó prudente república, maestra de las del mundo! ya te hubieras levantado con el dominio universal de los animales si, como la naturaleza te dictó medios para tu conservacion, te hubiera dado fuerzas para tu aumento. Aprendan todas de ti la importancia de un oculto silencio, y de un impenetrable secreto.

Como en la composición de esta nobilísima figura entra lo mas vehemente magnífico, y afectuoso de la elocuencia; necesariamente han de acompañarla siempre otras, fuertes, patéticas, y animadas, que se incorporan en ella, y le dan calor, acción, y espíritu. Tales son la *esclamacion*, la *interrogacion*, el *apóstrofe*, y las imágenes y movimiento de algunas descripciones, en todas las cuales es equívoco muchas veces su nombre y su caracter, pues suelen confundirse en un mismo concepto, como se podrá ver en sus respectivos egemplos á donde remitimos los lectores: y principalmente en el que acabamos de trasladar de Guevara, en donde juegan la *esclamacion*, y un contraste continuado, que es el nervio de esta composición.

### *Etopeya.*

Llamáse *etopeya* en griego aquel retrato fiel de alguna persona, considerada y examinada en sus acciones, carácter y costumbres. Por lo que pertenece á su figura, gesto, y calidades corporales, es mas propio de la *hipotiposis* que de la *etopeya*, que es rigurosamente una pintura moral. Esta figura es uno de los ornamentos mas espléndidos de que suele usar el historiador, para dar interes á su narracion, esmaltándola de cuando en cuando de estos colores que sacan á luz con todas sus facciones á los personages que en las artes de la paz ó de la guerra, ó en la excelencia de alguna virtud, ó vicio, se han hecho memorables en algunas épocas de la historia. Pide esta figura un pincel franco y valiente, y mucha elegancia y gravedad á un mismo tiempo, afectando mas bien

la brevedad y sencillez que una redundante cultura. Sin embargo, hemos de confesar que es tan tentada esta figura de los antitesis para pintar los caracteres con el realce de las buenas y malas calidades; que sin estos adminículos acaso no serian leídos con atencion, y seguramente no traerian deleite alguno, semejantes retratos, faltándoles estos toques de colores distintos. No solo los antiguos, sino los modernos escritores, han adolecido casi todos de este defecto, si se puede llamar así una casi necesidad de decir la verdad sin la desnudez de una comun relacion, que no corresponde á la severidad filosófica, que busca siempre el claro y oscuro. En estos retratos morales se resbala siempre el pincel, ó algun rasgo mordaz, ó bien contra la conducta del sugeto cuando es mala, y queremos cubrirla á medio rebozo; ó contra la comun de los hombres, ú de otro conocido de la fama, comparándole con el que es objeto digno de nuestra alabanza. En estos cotejos y comparaciones por contrastes, debe asomarse siempre una punta de sátira ó increpacion contra los defectos ó imperfecciones de los mortales, para hacer resaltar mas las cosas y personas que nos proponemos pintar.

Son sombras que hacen brillar mas las luces del retrato por el arte con que se describen los hechos, y sirve como la amalgama de estaño al espejo, que puesta en el reverso, hace mas tersa y limpia aquella bellissima tabla de cristal. Ya dijo Marcial que no hay rostro hermoso sin lunar. En el claro y oscuro de estos retratos se ha de haber el escritor con tal artificio, que en la misma ferocidad del rostro que se haya de pintar por egemplo, deje ver alguna faccion apacible,

templando la atrocidad del caracter con alguna prenda loable, como se cuenta de las máquinas de guerra que trabajaba Demetrio, que á un mismo tiempo espantaban á los enemigos por su grandeza, y deleitaban por su primor á los amigos.

Quien dice el historiador, dice el orador tambien: ambos narran y describen, y ambos tienen que alabar, ó censurar alguna vez la conducta de los hombres que han dado materia á la fama.

*Retrato de Oliverio Cromwell.*

*Por incierto autor.*

» La Inglaterra, despues de muy horribles con-  
» vulsiones, terminadas por el mas horrendo aten-  
» tado, vino á caer en manos de un soldado, afor-  
» tunado y fanático, profundamente feroz, melan-  
» cólico, hipócrita, intercadente en los medios,  
» pero constante en su plan: alma de sus confi-  
» dentes, y terror de sus propias guardias: hom-  
» bre, en fin, que no tubo otra union con los de-  
» mas, sino por aquel impulso predominante con  
» que se los hacia compañeros en los crímenes de  
» que solo él sacaba el fruto. Este usurpador supo  
» hasta su último fin conservar su poder y su ca-  
» beza, oprimiendo á su nacion con el terror, y á  
» los demas con la autoridad de su nombre. De él  
» se ha dicho que con algunas virtudes mas, hu-  
» biera sido un héroe; digase mejor, que con al-  
» gunos vicios ménos hubiera sido hombre.»

*Retrato del Cardenal de Richelieu.*

*Por incierto autor.*

» Véase este hombre que sacó la cabeza en me-  
» dio de las borrascas de su siglo, que con un áni-  
» mo intrépido, y un entendimiento tenazmente  
» imperioso, fecundo en espedientes insidiosos, y  
» sublime político en el sentido que entónces se  
» daba á esta palabra, ató siempre la idea de su  
» propio engrandecimiento con la preeminencia  
» de la nacion. Siendo tirano de los Grandes den-  
» tro del reino, y aliado de los pequeños en los  
» estraños, descontentó y dominó todas las testas  
» coronadas; y empezando á hollar los pueblos,  
» preparó el reinado de la opresion. Con el carac-  
» ter de soldado debajo del hábito de sacerdote,  
» no tuvo las virtudes de este, ni los vicios de  
» aquel estado. Este hombre sanguinario disipó  
» con el terror todas las empresas facciosas que  
» podian conspirar á su ruina; y su orgullo,  
» que jamas se derramó, aunque siempre rebosa-  
» se, se aprovechó del curso, y aun de las con-  
» tingencias de los acontecimientos. En fin, este  
» tiránico ministro, al paso que castiga en su reino  
» las conjuraciones, las fomenta en los estraños,  
» y el que se arroga el titulo de protector de la  
» Europa, es el mismo que se atribuye la gloria  
» de haber sido el autor de sus calamidades.»

*Retrato de Luis XIV. Rey de Francia.**Por incierto autor.*

» Ciérrase el templo de Jano en casi toda la  
 » Europa, y en esta época se presenta en el cen-  
 » tro de ella un príncipe, que por cualquier lado  
 » que se mire hace difícil su imitación. Nunca  
 » hubo quien, como él, supiese ser lo que debe  
 » ser el hombre en cada día y en cada momento.  
 » Su carácter salió perfecto de las manos de la na-  
 » turaleza, modelo acabado del arte de reinar,  
 » que hubiera estado fuera de su lugar no habien-  
 » do estado en el primero. En fin, era hombre,  
 » digámoslo así, vaciado en su propio molde, cu-  
 » yo porte y modo llenaban la idea de un gran  
 » monarca. Era noble hasta en sus placeres; se  
 » esplicaba con la brevedad que pide el mando, y  
 » la exactitud que dicta la prudencia. Era afable,  
 » modesto, cortés, y tan galante en sus acciones  
 » como en sus dichos: finalmente, todas sus cosas  
 » llevaban el sello de la dignidad y del decoro. La  
 » gloria del imperio fué siempre el ídolo de su en-  
 » tendimiento, la de su autoridad el de su cora-  
 » zon, y el de sus gustos el galantéo. Pero la dig-  
 » nidad de sus costumbres, su probidad personal,  
 » y su constancia le harán siempre un hombre  
 » muy raro entre los hombres. Fué magnífico  
 » protector de las artes: idolatrado de aquella  
 » parte de su nación, que le veía, y admirado de  
 » la que no podía verle. Las naciones extranjeras  
 » venían á su capital á contemplar á un príncipe  
 » de quien traían llena la imaginación, y se lleva-  
 » ban aun mas llena la memoria.»

*Retrato del Rey Católico don Fernando.**Por don Diego de Saavedra.*

» Las niñeces de este gran rey fueron adultas y  
 » varoniles: y lo que en él no pudo perfeccionar  
 » el arte y el estudio, perfeccionó la esperiencia,  
 » empleada su juventud en los egercicios militares.  
 » Fué señor de sus afectos, gobernándose mas por  
 » dictámenes políticos que por inclinaciones na-  
 » turales. Tuvo el reinar mas por oficio que por  
 » herencia: sosegó su corona con la celeridad y la  
 » presencia: levantó la monarquía con la pruden-  
 » cia y el valor: la afirmó con la religion y la jus-  
 » ticia: la conservó con el amor y el respeto; la  
 » adornó con las artes; la enriqueció con la cul-  
 » tura y el comercio; y la dejó perpétua con fun-  
 » damentos é institutos verdaderamente políticos.  
 » Fué tan rey de su palacio, como de sus reinos;  
 » mezcló la liberalidad con la parsimonia, la be-  
 » nignidad con el respeto, la modestia con la  
 » gravedad, y la clemencia con la justicia. Ame-  
 » nazó con el castigo de pocos á muchos; y con  
 » el premio de algunos cebó las esperanzas de to-  
 » dos. Perdonó las afrentas hechas á la persona;  
 » pero no á la dignidad real: vengó como pro-  
 » pias las injurias de sus vasallos, siendo padre  
 » de ellos; y ántes aventuró el estado que el de-  
 » coro. Ni le ensobreció la fortuna próspera; ni  
 » le humilló la adversa: sirvióse del tiempo, no  
 » el tiempo de él; y si obedeció á la necesidad, se  
 » valió de ella reduciendola á su conveniencia.  
 » No se fiaba de sus enemigos, y se recataba de  
 » sus amigos: su amistad era conveniencia, su pa-

» rentesco razon de estado, su conffianza cuida-  
 » dosa, su difidencia advertida. Ni á su magestad  
 » se atrevió la mentira, ni á su conocimiento pro-  
 » pio la lisonja. Se valió sin valimiento de sus mi-  
 » nistros, de quienes se dejaba aconsejar, mas  
 » no gobernar. Lo que pudo hacer por si no fiaba  
 » de otros: consultaba de espacio, y egecutaba  
 » de prisa: así en sus resoluciones ántes se veian  
 » los efectos que las causas. Trató la paz con la  
 » templanza y la entereza, y la guerra con la  
 » fuerza y la astucia: y lo que ocupó el pié man-  
 » tuvo el brazo y el ingenio, quedando mas po-  
 » deroso con los despojos. Tanto obraban sus ne-  
 » gociaciones como sus armas; y lo que pudo  
 » vencer con el arte, no lo remitió á la espada,  
 » poniendo en esta la ostentacion de su grandeza,  
 » y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Ni  
 » victorioso se ensoberbeció, ni desesperó venci-  
 » do, y firmó las paces debajo del escudo. No  
 » tuvo corte fija, girando como el sol por los  
 » orbes de sus reinos.»

*Retrato de Motezuma, último Rey de los  
 Megicanos.*

*Por don Antonio Solis.*

» Acreditóse ántes de ser rey de muy observan-  
 » te en el culto de su religion, poderoso medio  
 » para cautivar á los que se gobiernan por la este-  
 » rioridad. Recogíase en una tribuna del templo  
 » mas frecuentado, muy á la vista de todos, entre-  
 » gado á la devocion del aura popular, ó colocado  
 » entre sus dioses el ídolo de su ambicion. Cuan-  
 » do le dieron su voto todos los electores, y el

» pueblo su aclamacion, tuvo sus ademanes de re-  
 » sistencia, dejándose buscar para lo que deseaba.  
 » Pero, apenas ocupó la silla imperial, se fueron  
 » conociendo los vicios que andaban encubiertos  
 » con nombres de virtudes. Dejábase ver pocas  
 » veces de sus vasallos, y solamente lo muy neces-  
 » sario, de sus ministros y criados, tomando el re-  
 » tiro y la melancolía como parte de la magestad.  
 » Para los que conseguian llegar á su presencia,  
 » inventó nuevas reverencias y ceremonias esten-  
 » diendo el respeto hasta los confines de la adora-  
 » cion. Persuadióse á que podia mandar en la li-  
 » bertad y vida de sus vasallos y egecutó grandes  
 » crueldades para persuadirlo á los demas. Era  
 » contenido en los desórdenes de la gula, y mode-  
 » rado en los incentivos de la sensualidad; pero  
 » estas virtudes, tanto de hombre como de rey,  
 » se deslucian, ó se apagaban, con mayores vicios  
 » de hombre y de rey. Su continencia le hacia  
 » mas vicioso que templado, pues se introdujo en  
 » su tiempo el tribunal de las concubinas, na-  
 » ciendo la hermosura en todos sus reinos esclava  
 » de su antojo. Su justicia llegó á equivocarse con  
 » su crueldad, porque trataba como venganzas  
 » los castigos. Su liberalidad causó mayores daños  
 » que produjo beneficios, porque cargando á sus  
 » reinos de tributos intolerables, convertia en pro-  
 » fusiones y desperdicios el fruto aborrecible de  
 » su iniquidad. No daba medio ni distincion entre  
 » la esclavitud y el vasallage, y hallando política  
 » en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas  
 » de su temor que de su paciencia. Fué la sober-  
 » bia su vicio capital y predominante: votaba por  
 » sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pen-  
 » saba de sí mejor que de sus dioses.»

*Retrato del Cardenal Cisneros.**Del mismo Solis.*

»Era varon de espíritu resuelto, de superior  
 »capacidad, de corazon magnánimo, y en el  
 »mismo grado religioso, prudente y sufrido; jun-  
 »tandose en su persona, sin embarazarse con su  
 »diversidad, estas virtudes morales y aquellos  
 »atributos heróicos; pero tan amigo del acierto  
 »y tan activo en la egecucion de sus dictámenes,  
 »que perdía muchas veces lo conveniente por  
 »esforzar lo mejor, y no bastaba su celo á cor-  
 »regir los ánimos inquietos, tanto como á irri-  
 »tarlos su integridad.»

*Retrato del Romano Marco Bruto.**Por don Francisco de Quevedo.*

»Era Marco Bruto varon severo y tal, que re-  
 »prendia los vicios ajenos con la virtud propia,  
 »y no con palabras. Tenia el silencio elocuente,  
 »y las razones vivas; no rehusaba la conversa-  
 »cion, por no ser desapasible, ni la buscaba,  
 »por no ser entremetido. En su semblante res-  
 »plandecia mas la honestidad que la hermosura.  
 »Su risa era muda y sin voz: juzgabanla los ojos,  
 »no los oidos; y era alegre solo cuanto bastaba  
 »á defenderle de parecer afectadamente triste. Su  
 »persona fué robusta y sufrida lo que era neces-  
 »ario para tolerar los afanes de la guerra. Su in-  
 »clinacion era el estudio perpetuo, su entendi-  
 »miento juicioso, y su voluntad siempre enamo-

»rada de lo licito, y siempre obediente á lo me-  
 »jor. Por esto las impresiones revoltosas fueron  
 »en su ánimo forasteras, é inducidas de Casino y  
 »de sus amigos, que poniendo nombre de celo á  
 »su venganza se la presentaron decente, y se la  
 »persuadieron por leal.»

*Retrato de don Juan Pacheco, Marqués de Villena, y Maestre de Santiago.**Por Fernando del Pulgar.*

»En la edad de mozo tuvo este Maestre seso y  
 »autoridad de viejo. Era hombre esencial, y no  
 »curaba de apariencias, ni de ceremonias infla-  
 »das. Hablaba con buena gracia, y abundancia  
 »de razones, sin prolijidad de palabras. Tenia la  
 »agudeza tan viva, que á pocas razones conocía  
 »las condiciones y los fines de los hombres; y  
 »dando á cada uno esperanza de sus deseos, al-  
 »canzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenia  
 »tan gran sufrimiento que, ni palabra áspera que  
 »le dijesen le movia, ni novedad de negocio que  
 »oyese le alteraba. Era hombre que con madura  
 »deliberacion determinaba lo que habia de ha-  
 »cer, y no forzaba el tiempo, mas forzaba á sí  
 »mismo esperando tiempo para hacerlo. Tuvo al-  
 »gunos amigos de los que la próspera fortuna  
 »suele traer; y tuvo así mismo muchos contra-  
 »rios de los que la envidia de los bienes suele  
 »criar. Perdonaba ligeramente, y era piadoso en  
 »la justicia criminal. No quiero negar que, como  
 »hombre humano, no tuviese este caballero vi-  
 »cios como los otros hombres; pero puedese bien  
 »creer que si la flaqueza de su humanidad no les

» podía resistir, la fuerza de su prudencia los sa-  
 » bía disimular.» A un autor que escribía hácia fi-  
 nes del siglo XV. se le debe perdonar la simetría  
 de los antítesis, y la fina desinencia de sus cláusulas,  
 que era la elegancia de moda en aquell edad.

*Retrato de D. Juan de Torquemada, Cardenal  
 de San Sisto.*

*Por el mismo Pulgar.*

» Pareció en el sosiego de su niñez que la na-  
 » turaleza le apartó de las cosas mundanas, y ofre-  
 » ció á la religion. A los días de su adolescencia  
 » siguieron las buenas costumbres que hubo en  
 » su mocedad, y los de la juventud á los de la  
 » adolescencia. Y así, creciendo en días, crecía  
 » también en virtudes: y segun pareció en la ho-  
 » nestidad y limpieza de su vida, quien procediese  
 » de su complexion; ó de su buen seso, siempre  
 » tuvo tan fuerte resistencia contra las tentacio-  
 » nes, que no pudieron corromper sus buenas  
 » costumbres. Era hombre apartado, estudioso,  
 » manso, y caritativo, y en su buena y honesta  
 » vida mostró tener gracia singular, con lo cual  
 » ganó honra para sí, y dió egeemplo á otros para  
 » ser virtuosos.»

*Retrato de D. Juan de Carbajal, cardenal de  
 San Angelo.*

*Por el mismo autor.*

» Era hombre esencial, aborrecedor de aparien-  
 » cias y ceremonias infladas. Cuanto mas huía de  
 » honra mundana, tanto mas esta le seguía. Nun-

» ca en sus votos públicos, ni hablas privadas fué  
 » visto desviar un punto de la justicia por afición,  
 » ni por interes suyo ni ageno, ni hizo cosa que  
 » pareciese fuera de razon, ni demandó que otro  
 » la hiciese. No pensó gastar la vida codiciando  
 » riquezas, mas propuso vivir obrando virtudes;  
 » y puso tales límites á la codicia, que se puede  
 » bien decir haberla vencido: porque no solo dejó  
 » de procurar mas renta de la que habia de su  
 » obispado, mas cerró su deseo. Este varon supo  
 » bien cuanta fuerza suele hacer á las veces el  
 » oro á la justicia. Conoció así mismo que el juez  
 » que toma, luego es tomado, y no puede dejar  
 » de ser ó injusto ó ingrato. Y conocidos por es-  
 » te prelado los inconvenientes que del codiciar  
 » allende de lo necesario se siguen; ni se ator-  
 » mentó codiciando, ni se avergonzó pidiendo y  
 » teniendo la codicia tan sujeta, tenia la honra  
 » muy alta. Estaba continuamente alegre, porque  
 » gozaba de la virtud de la templanza avenira  
 » de la razon con el apetito. Puedese creer de es-  
 » te claro varon, que su buen seso le hizo apren-  
 » der ciencia, y su ciencia le dió esperiencia, y  
 » la esperiencia conocimiento de las cosas, de las  
 » cuales supo elegir las que le hiciesen hábito de  
 » virtud.»

*Retrato del Fundador y primer prior de la  
 Orden de San Geronimo en España.*

*Por el P. Sigüenza.*

» En resucitar en España la religion que san  
 » Gerónimo plantó en Belén, vióse no solo su  
 » santidad, sino también su gran valor. Era la hu-



»mildad entre sus virtudes la que en todas sus  
 »obras salía la primera. Quien le viera, no le  
 »podría juzgar por primero y superior, sino por  
 »el último: todo el trato de su persona y de su  
 »vida decía esto; solo él no lo decía. Guarda-  
 »ba tan en su punto el arancel de Cristo, que  
 »quien le viera hacer el oficio de prior, leyera  
 »en él lo mismo que en el evangelio: servir á to-  
 »dos sin dejarse servir de ninguno. Lo que podía  
 »hacer por sí, jamás lo encomendaba á otro; y  
 »de tal manera lo mandaba, que más parecía  
 »ruego que precepto. El primero en todos los  
 »trabajos, en las asperezas, en las observancias,  
 »en la vigilia, en la oración, recogimiento, y po-  
 »breza: así sustentaba el oficio muy á su costa,  
 »y con gran alivio de sus súbditos, sin tener pun-  
 »to, ni resabio de fariseo. Dióle Dios con estas  
 »entrañas piadosas una natural prudencia con que  
 »se templaba á sus tiempos la severidad con la  
 »clemencia. Pero nunca en él la facilidad y lla-  
 »neza disminuyó la autoridad, ni la severidad el  
 »amor. En habiendo cumplido con esta parte de  
 »su oficio, tornábase á su centro, y á ejercitar los  
 »ministerios humildes; sin el sobrecejo ó grave-  
 »dad de que suelen andar vestidos los que no sa-  
 »ben bien las leyes de estos oficios. Tenía este  
 »siervo de Dios mucha fuerza en el decir: salían  
 »las palabras ardiendo como de una caridad en-  
 »cendida: las razones breves y preñadas, como  
 »quien sabía que los preceptos han de ser breves.  
 »No sería cosa de mucha lea decir que fué muy  
 »abstinente: comía lo que decía bastaba á su sus-  
 »tento, y debía bastar, porque él lo decía.»

PINTURAS IDEALES DE PERSONAJES FINGIDOS, ASÍ  
 EN LAS PARTES FÍSICAS, COMO EN LAS MORALES.

*Retrato de un Hipócrita.*

*Por Lorenzo Gracian.*

»Era un hombre venerable por su aspecto,  
 »muy autorizado de barba, el rostro ya pasado,  
 »y todas sus facciones desterradas, hundidos los  
 »ojos, la color robada, chupadas las narices, la  
 »alegría entredicha, el cuello de lánguida azuce-  
 »na; la frente encapotada, el vestido por lo pio-  
 »remendado, colgadas de la cinta unas discipli-  
 »nas, que lastiman más los ojos de quien las mira  
 »que las espaldas del que las afecta: zapatos do-  
 »blados á remiendos, de mayor comodidad que  
 »gala.»

*Retrato de Amadis de Gaula.*

*Por Miquel de Cervantes.*

»Era Amadis de Gaula un hombre alto de  
 »cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba,  
 »aunque negra, de vista entre blanda y rigorosa,  
 »corto de razones; tardo en airarse, y presto en  
 »deponer la ira.»

*Retrato de un Pitimetre Afeminado*

*Por el mismo autor.*

»Era un mancebo galán, atildado, de blandas  
 »manos, y ricos cabellos, de voz meliflua y de  
 »amorosas palabras, y finalmente todo hecho de  
 »alfenique, guarnecido de telas, y adornado de  
 »brocados.»

*Retrato Moral de un Pretendiente Servil.**Por Gomez Arias.*

» Un linage hay de pretendientes que echan  
 » por el camino del desprecio político, y se llevan  
 » los mayores puestos. Desaparécense en la hu-  
 » mildad de sus reverencias, pronuncian mas cui-  
 » tas que razones, agonizan lo que hablan, estu-  
 » dian semblantes pordioseros, y cortejan los cria-  
 » dos de los poderosos, que esto es deshacerse  
 » para que los hagan. Suelen hacer preciosa la  
 » vileza hartando con ella al desvanecido el ham-  
 » bre de sus miserias, cuya soberbia juzga sufi-  
 » ciente al que con menosprecio de sí mismo le  
 » adora. Estos son muy malos negociantes; y no  
 » sabré distinguir cual sea mas vil, y si el que con  
 » maña se desprecia para despreciar á otros, ó el  
 » que se vende á tan vil precio, defraudando el  
 » premio al mérito y á la entereza.»

No solo de sugetos particulares saca la elocuen-  
 cia retratos, ya personales, ya morales; mas tam-  
 bien de pueblos y naciones, describiendo los ges-  
 tos, trages, hábitos, costumbres, de que nos ha  
 dejado un hermoso y elegante egemplo Argenso-  
 la, cuando hace de ciertos naturales de las Molu-  
 cas la siguiente pintura: » Usan los Paptúas del  
 » cabello revuelto en crespas greñas. Son de ges-  
 » tos magros y feos, hombres rigidos y sufridores  
 » del trabajo, hábiles para qualquiera traicion; y  
 » hombres y mugeres muestran en el trage la na-  
 » tural arrogancia de su condicion. Su guerra  
 » consiste en celadas y estratagemas, donde la as-  
 » tucia suple por la fuerza, y no estiman por acto

» ignominioso la huida, porque es opinion inculta  
 » la que en aquellos paises da leyes al honor.»

El mismo autor con igual colorido y franqueza  
 de pincel dibuja en breves rasgos el caracter,  
 costumbres, y leyes de los Molúcas: » Son de  
 » cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y  
 » para qualquier otro egercicio perezosos. Viven  
 » mucho tiempo; encanecen temprano, y siempre  
 » ligeros por la mar, no ménos que en la tierra:  
 » oficiosos y benignos con los huéspedes; y en-  
 » trando en familiaridad, importunos y pesados  
 » en sus ruegos. Su trato interesal, y hierben en  
 » recelos, fraudes, y mentiras. Son pobres, y por  
 » esto soberbios, y por juntar muchos vicios en  
 » uno, ingratos. El hurto no por minimo se per-  
 » dona, el adulterio, facilmente.»

## §. III.

## DE LAS FIGURAS MISTAS.

Al principio de esta tercera parte, tratando de  
 la exornacion oratoria, hemos hablado ya del es-  
 plendor que dan á la elocucion los tropes y las  
 figuras que llaman de palabra, y la fuerza y espí-  
 ritu que le comunican las llamadas de pensamien-  
 to, que son las que intrinsecamente componen la  
 elocuencia. De todas se han puesto egemplos pa-  
 ra manifestar la estructura de cada una, y los  
 modos varios de formarlas separadamente.

Pero generalmente en la testura de la sen-  
 tencia van entretregidas dos, tres, ó mas figuras  
 de distintos géneros que, como hermanadas y  
 compañeras, ayudan al movimiento de la princi-  
 pal, ó á su ornato; y otras veces se confunden